

¡Oh Señor, y qué dolor me causa haber malogrado hasta aquí las ocasiones que se me han ofrecido de daros pruebas de mi amor y de mi confianza, aprovechándome mejor de mis trabajos! Poco he conocido lo que valen las aflicciones de esta vida; pero confío en vuestra gracia que en adelante sabré aprovecharme mejor de este tesoro escondido.

JACULATORIAS.—Conozco, Señor, que me es muy provechosa la humillacion. (*Psalm. 118.*)

Ninguna cosa me ha consolado mas que los golpes de tu amorosa vara. (*Psalm. 22.*)

PROPOSITOS.

1 Mas que el nacimiento haya sido rodeado de esplendor y de abundancia; mas que hayas nacido grande y dichoso, segun el mundo, no tiene remedio: la vida está sembrada de cruces; ninguno se libra de trabajos: está llena de altos y bajos la vida del hombre sobre la tierra; en medio del dia padece sus eclipses la prosperidad; ningun mortal fué por largo tiempo feliz; las adversidades, las pesadumbres y los disgustos nacen en todos los estados, en todas las condiciones y en todas las edades. Buscar uno solo que se exima de ellos, es lo mismo que correr tras de un fantasma. Los mas dichosos del mundo no son los que carecen de trabajos, sino los que mejor se saben aprovechar de ellos. Es, pues, de suma importancia poseer esta ciencia, adelantarse en este arte; seas quien fueres, no esperes vivir sin tener que padecer. Pero estudia en padecer como cristiano, y en aprovecharte de todos tus trabajos. Los mas meritorios son aquellos que trae consigo el estado particular de cada uno. Tambien dan abundante materia á la paciencia cristiana los reveses de la fortuna; en todos ellos alaba á Dios como Job. Salióte mal aquel negocio, perdiste aquel pleito, arrebató la muerte al hijo, al pariente, al protector, al amigo, di con Job: *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; cumpliósse su voluntad; sea su nombre bendito.*

2 ¡Cuánto hay que padecer en las familias! El humor extravagante y violento de un marido divertido; el genio altanero, indócil, caprichoso de una mujer altiva; las malas inclinaciones de los hijos; la malicia de los envidiosos ó de los concurrentes; una desgracia en los negocios, una enfermedad, un achaque habitual, etc. todas son cruces bien pesadas, es verdad; pero son cruces; ¿y por qué las malograrás no recibéndolas como tales?

A este duro ejercicio de paciencia ligó Dios tu perfeccion, y acaso tu salvacion; ¿pues para qué te inquietas? Bien puede ser que cualquiera otro ejercicio de mortificacion y de virtud fuese mas de tu gusto, pero no te seria tan provechoso; el que ahora te pesa tanto y quisieras sacudir de tí, es el que Dios te ha destinado. Guárdate bien de reputar las aflicciones por desgracias; eso seria juzgarlas por los sentidos; míralas con ojos cristianos, y las estimarás como merecen. Ellas son un manantial perenne de gracias que facilitan la salvacion. Es buen medio para hacerlas saludables y dulces dar de cuando en cuando gracias á Dios, especialmente al acabar la oracion de la mañana y de la noche, por los trabajos que se ha servido enviarnos, como diciendo: Yo os doy gracias, Señor, por la afliccion que me habeis enviado; haced por vuestra piedad que me sea provechosa, y que me sirva para desprenderme de los vanos atractivos y bienes aparentes de este mundo para unirme á solo vos (*Job 1.*): *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut placuit Domino, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.*

DIA II.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ESTEBAN, papa y mártir, en Roma en el cementerio de Calixto; el cual en la persecucion de Valeriano, estando celebrando el sacrificio de la santa misa, sorprendido por los soldados, sin turbarse ni moverse permaneció en el altar hasta concluir el sacrificio, y fué degollado en su misma silla. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE SANTA TEODOTA CON TRES HIJOS SUYOS, en Nicea en Bitinia; de los cuales el primogénito llamado Evodio, porque confesó á Jesucristo con fortaleza, Nicecio, prefecto de Bitinia, le hizo azotar con manojos de varillas y despues mandó que la madre fuese quemada con todos sus hijos.

SAN RUTILIO, mártir, en Africa; el cual huyendo de la persecucion de pueblo en pueblo, y algunas veces comprando su vida con dinero, al cabo le prendieron de improviso, y presentado ante el presidente fué atormentado con muchos suplicios, hasta que arrojado al fuego fué coronado con esclarecido martirio.

SAN MÁXIMO, obispo de Padua, en la misma ciudad, el cual esclarecido en milagros acabó santamente.

SAN ESTEBAN, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Esteban papa, primero de este nombre, fué hijo de Julio, ciudadano romano. Nació hácia el fin del segundo siglo; y

aunque se tienen pocas noticias de los primeros años de su niñez, hay razones para creer que era cristiana su familia, y que el niño fué criado en los principios y máximas de la verdadera religion. Como su corazón era naturalmente bien inclinado, y estaba dotado de excelente ingenio, se dedicó al estudio de las letras humanas y divinas; pero singularmente al de la ciencia de los santos; y en poco tiempo se hizo un lugar muy distinguido entre los fieles de Roma. Siendo de poca edad fué recibido en el clero, y por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion, por su sabiduría y por su mérito captó la admiracion y el concepto universal, considerándole todos por digno de los primeros empleos de la Iglesia. Los papas S. Cornelio y S. Lucio, sus predecesores, hicieron juicio que no debían dejar escondida debajo del celemín aquella brillante artorcha. Ordenáronle de diácono, y despues le hicieron arcediano de la Iglesia romana (dignidad que ponía á su cargo la custodia y la distribucion del tesoro de la Iglesia) dándole al mismo tiempo jurisdiccion de vicario; lo que acredita la estimacion que hacían de su mérito y de su mucha virtud.

Jamás se habia visto la Iglesia, al parecer, agitada de mas violentas tempestades, ni combatida de mas artificiosos y mas malignos enemigos, que hacia el fin del año 254, en que murió el papa S. Lucio. Novaciano, presbítero de la Iglesia romana, y Novato, presbítero asimismo de la de Cartago, el primero anti-papa, los dos cismáticos, y ambos herejes, tenían muchos parciales de sus errores en Oriente y en Occidente hasta en el mismo gremio de los obispos. Aunque S. Cipriano de Cartago y san Dionisio de Alejandria se habian opuesto con valor á sus impiedades, consiguiendo que fuesen condenados por varios concilios, no por eso dejaba de inficionar á muchos el veneno de la herejía; y su partido, con el engañoso pretexto de reforma hacia desertar á muchos fieles de las banderas de Jesucristo, y adelantaba cada dia nuevas conquistas. Defendían que no debían ser admitidos á la comunión los que hubiesen caído en el crimen de idolatría; y sus sectarios, estendiendo esta errada doctrina á todo género de culpas, quitaban á la Iglesia el poder para atar y desatar. Condenaban las segundas nupcias, y obstinadamente sostenían que debían ser rebautizados todos aquellos que despues del bautismo hubiesen cometido algun pecado mortal. Aprovechándose los gentiles de aquellas funestas divisiones, perseguían cruelmente á los cristianos, incitando á los emperadores y á los magistrados para que hiciesen sangrienta guerra á la Iglesia. Viendo los santos papas Cornelio y Lucio tan combatida la

navecilla de S. Pedro, y fluctuando entre las encrespadas olas, llamaron á nuestro Santo para que los ayudase á gobernar el timon en un tiempo en que jamás habian sido los escollos mas frecuentes, ni las borrascas mas deshecnas. Por su virtud, por su doctrina y por su zelo se granjeó, aun en vida de sus predecesores, todos los sufragios del público para ocupar el lugar á que el cielo le tenia destinado. Habiendo terminado S. Lucio gloriosamente su carrera, coronando con el martirio su pontificado, por unánime consentimiento fué electo sumo pontífice S. Esteban el año de 257. Dice Anastasio que S. Cornelio, seis meses antes de morir, le habia entregado todos los bienes de la Iglesia, y que S. Lucio al tiempo de su muerte le confió todo el rebaño, recomendándole toda la Iglesia afligida. Algunos son tambien de opinion que S. Esteban gobernó la Iglesia como vicario de S. Lucio, que fué desterrado pocos dias despues de su eleccion.

Luego que se sentó en la cátedra de S. Pedro, se dedicó enteramente á desempeñar todas las obligaciones de aquella suprema dignidad. Ofreciéronse presto ocasiones en que resplandecieron su virtud, su zelo y su gran capacidad. Por mas artificios de que se valieron los herejes para sorprenderle, ó para intimidarle, siempre y en todas ocasiones se mostró el santo pontífice azote de la herejía, defensor de los sagrados cánones, y oráculo de la Iglesia.

Fueron acusados y convencidos de *Libeláticos* Basíledes, obispo de Astorga en España, y Marcial, obispo de Mérida. Llamábanse *Libeláticos* aquellos cobardes cristianos, que si bien no habian sacrificado á los idolos, daban ó recibían certificaciones falsas de haber sacrificado, para libertar por este medio su vida, su libertad y sus bienes. A este delito de los dos prelados se añadían otros tan enormes, que los hacían indignos de la mitra, viéndose precisados los obispos de España á deponerlos, y á nombrarlos sucesores. Acudieron al papa Basíledes y Marcial, haciendo cuanto pudieron para enganarle. Recibiólos y los oyó con tanto amor y con tanta benignidad, que ya se daban por restituidos á sus sillas; pero luego que el santo pontífice recibió las cartas de S. Cipriano y de los obispos de España que le informaban de los delitos que habian cometido, no quiso verlos mas, y mantuvo inflexible su tesón.

Pero lo que da mayor idea del alto mérito de nuestro Santo es la célebre disputa que se suscitó entre los mas santos y mas sabios obispos de la Iglesia sobre el valor ó nulidad del bautismo conferido por los herejes. Parece que esta disputa tuvo principio en la Iglesia de Cartago, donde S. Cipriano, fundándose en la

práctica de su predecesor Agripino, enseñaba que era nulo todo bautismo fuera de la Iglesia católica; y por consiguiente, que se debían rebautizar todos los herejes que se reconciliaban con ella. Siguiéron esta misma opinion los obispos de Oriente, que se juntaron en Iconio, y fué la dominante así en el Oriente como en el Africa. Pero S. Estéban la condenó, y declaró que respecto de los que volvian al gremio de la Iglesia, de cualquiera secta que fuesen, *nihil innovetur*, nada se debía innovar, sino seguir precisamente la tradicion, que era imponerles las manos por la penitencia, sin rebautizarlos, una vez que hubiesen sido bautizados en el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo, y por otra parte no se omitiese cosa alguna de las esenciales al bautismo.

Costó trabajo á S. Cipriano mudar de parecer. Convocó muchos concilios que confirmaron su opinion, y en virtud de esto escribió al papa. Lo mismo hicieron los obispos de Oriente; pero S. Estéban, guiado del Espiritu Santo, que gobierna siempre la Iglesia, y asistido con aquellos auxilios sobrenaturales que Jesucristo prometió á su vicario hasta el fin de los siglos, ni se deslumbró á vista del mérito, ni se acobardó con el número de los que se oponian á su declaracion; y así escribió resueltamente á S. Cipriano y á los obispos de Cilicia, de Capadocia y Galacia, que se separaria de su comunión si persistian en su opinion sobre el bautismo de los herejes. Con el tiempo se redujeron todos los obispos de Oriente á la decision del pontífice, contribuyendo no poco á este feliz suceso S. Dionisio, obispo de Alejandria. Mayor fué la resistencia de los obispos africanos; pero al fin toda la Iglesia abrazó lo definido por S. Estéban. También tuvo el consuelo de saber por carta de S. Dionisio Alejandrino que en general todo el Oriente habia abandonado el partido de los novacianos, uniéndose con Roma; y al mismo tiempo que le participa esta gustosa noticia, se congratula con el santo papa de los socorros espirituales y temporales que solicitaba á los fieles de Siria y Arabia; prueba evidente de lo mucho á que se extendia su caridad y vigilancia pastoral, dilatándose ésta á todas las necesidades de la Iglesia, siendo su zelo tan inmenso como aquella.

Al principio de su pontificado le escribieron Faustino, obispo de León, y S. Cipriano, que Marciano, obispo de Arlés, daba en los errores de los novacianos, y se habia declarado parcial de aquella secta: al punto procedió contra él con todo el vigor de su zelo; pero siempre acompañado de mucha blandura y caridad. Con la paz que gozó la Iglesia los primeros años del impe-

rio de Valeriano, pudo el santo pastor cuidar de su rebaño con toda libertad, desviándole de los pastos inficionados; pero duró poco esta dulce tranquilidad. Marciano, su primer ministro, y uno de los enemigos mas mortales del nombre cristiano, mudó la voluntad del príncipe, y le indujo á declarar la guerra á nuestra santa religion; en cuyas circunstancias no perdonó S. Estéban medio ni diligencia para fortalecer á los fieles contra la tempestad que los amenazaba.

Publicó el emperador un edicto por el cual confiscaba los bienes de los cristianos, y los concedia al que los denunciase. Con esta ocasion convocó el santo papa al clero y al pueblo; y habló con tanta energia y con tanta eficacia sobre la vanidad de los bienes de esta vida, inspirando á todos tan animoso valor, que un presbítero llamado Bono, arrebatado de un santo fervor, exclamó á nombre de todos, que no solo estaban prontos á perder todos sus bienes, sino á padecer los mas crueles tormentos, y á dar la vida por Jesucristo; declaracion que fué recibida con aplauso universal. Encendido el fuego de la persecucion, es indecible el ardor con que todos se disponian al martirio. El santo papa andaba de casa en casa, y pasaba los dias en lugares subterráneos, ofreciendo el santo sacrificio, y dando á los fieles la sagrada comunión. En un solo dia bautizó ciento y ochenta catecúmenos, administróles el sacramento de la confirmacion, dicen las Actas, ofreció por ellos el sacrificio incruento, sustentóles con el pan de los fuertes, y pocos dias despues casi todos merecieron recibir la corona del martirio.

No dudando el santo pontífice que él mismo seria tambien dichosa víctima dentro de poco tiempo, quiso dar providencia en las necesidades de la Iglesia. Arregló lo que mas urgía en la actual constitucion de los negocios para el gobierno de su querido rebaño; encargósele á tres presbíteros, siete diáconos y diez y seis clérigos, á quienes encomendó la custodia de los vasos sagrados y la distribucion de las limosnas. Al mismo tiempo que daba estas providencias, poniendo orden en todo, andaba buscando al santo papa, Nemesio, tribuno militar, por haber oido que era hombre extraordinario, de mucho poder con Dios, y que habia grandes milagros. Tenia el tribuno una hija única, ciega desde su nacimiento, á quien amaba tiernamente. Encontró en fin á S. Estéban, y le suplicó que diese vista á su hija. Harélo, respondió el Santo, pero con condicion de que has de creer en Jesucristo, en cuyo nombre y virtud he de obrar el milagro. Sin detenerse un punto lo prometió todo Nemesio, y asegurando con juramento que se haria cristiano, desde luego creyó en Jesucris-

to, y pidió el bautismo. Instruyóle el papa, y bautizole juntamente con su hija, la cual cobró la vista luego que recibió el bautismo, y se la dió el nombre de Lucila. A vista de esta maravilla se convirtieron y se bautizaron sesenta y tres gentiles, creciendo cada dia tanto el número de los cristianos, que S. Esteban, corriendo dia y noche las grutas en que estaban escondidos para alentarlos, consolarlos, asistirlos y decirles el santo sacrificio de la misa, continuamente estaba administrando el santo bautismo á los que habia instruido.

Fueron mientras tanto arrestados Nemesio y su hija Lucila, como tambien Sempronio, su primer secretario, ó mayordomo de su casa, á quien el juez le mandó que pena de la vida declarase el estado de todos los bienes de su amo. Respondió el fiel criado que el tribuno nada tenia absolutamente desde que todo lo habia repartido entre los pobres. *¿Luego tú tambien eres cristiano como tu amo?* replicó Olimpo, que así se llamaba el juez. *Esa dicha tengo, y me honro mucho con ella,* respondió Sempronio. Irritado Olimpo con esta respuesta, hizo traer una estatua del dios Marte, y mandó á Sempronio en nombre de aquella mentida deidad, que declarase los tesoros de Nemesio. Mirando Sempronio con indignacion al idolo, exclamó: *Confúndate nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, y hágate pedazos en este mismo instante.* Al momento cayó el idolo á sus pies reducido en polvo. Asombró á Olimpo el milagro; y abriendo los ojos del alma, creyó que todos sus dioses eran quimeras, y que no habia otro verdadero Dios que Jesucristo. Descubrióse á Exuperia, su mujer, que interiormente era cristiana; ésta le confirmó en su pensamiento, y le aconsejó que se convirtiese. Hizolo con toda su familia; acudiendo S. Esteban informado de lo que pasaba, instruyólos, bautizólos, y los exhortó á la perseverancia.

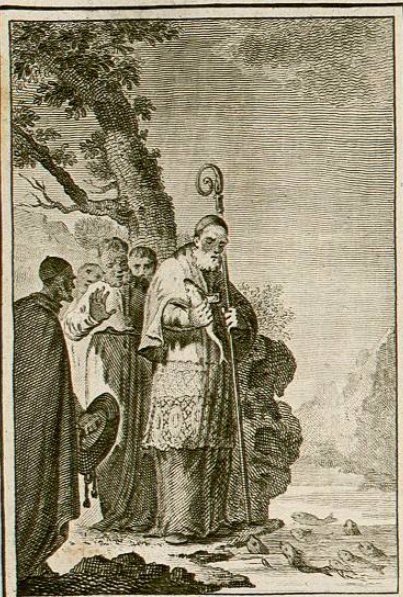
Metió mucho ruido en Roma la conversion de una familia tan conocida; y noticioso el emperador, lleno de ira, mandó que á todos los quitasen la vida en un mismo dia, teniendo el santo papa el consuelo de darlos á todos sepultura. La misma suerte lograron otros doce clérigos ó presbiteros de su iglesia, á cuya frente estaba el fervoroso presbítero Bono. Habiendo enviado al cielo delante de sí el santo pontífice tanto número de generosos mártires, suspiraba tiempo habia por la misma corona, y al fin la consiguió. Mandóle prender el emperador, y quiso verle. Preguntóle luego si era él aquel sedicioso que turbaba el estado, desviando al pueblo del culto debido á los dioses del imperio. *Señor,* respondió el Santo, *yo no turbo el estado; solo exhorto al pueblo á que no rinda culto á los demonios, y á que adore al*

verdadero Dios, á quien únicamente se le debe. Impio, exclamó el emperador, esa blasfemia que acabas de proferir la vengará tu muerte; y volviéndose á los soldados de su guardia, añadió: Quiero que sea conducido al templo del dios Marte, y que allí sea degollado y ofrecido en sacrificio. Ejecutóse la orden, llevósele al templo de Marte; pero apenas llegó cuando el cielo rompió en truenos, relámpagos y rayos; cayó en tierra el templo, y huyeron todos los gentiles. Quedó Esteban solo con los cristianos que le habian seguido; retiróse con ellos al lugar donde acostumbraban juntarse, y ofreció el divino sacrificio. No bien acabó de celebrar el del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, cuando vió acercarse el feliz momento en que él mismo habia de hacer el de su vida; porque entrando los soldados que le andaban buscando por todas partes, le degollaron sobre su misma silla pontifical cuando estaba exhortando á los cristianos al martirio. Sucedió el suyo el dia 2 de agosto, hácia el año de 249, y su santo cuerpo, con la silla en que fué sacrificado, bañada toda de su sangre, fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto. Trasladóse su cabeza á Colonia, donde es singularmente venerada.

SAN PEDRO, OBISPO DE OSMA.

CUANTO mayor y mas recomendable ha sido el mérito de aquellos grandes varones que destinó Dios para ornamento de su Iglesia, otro tanto mayor ha sido el descuido de los hombres en trasladar á la posteridad sus grandes acciones y aquellas menudas circunstancias de su vida, que no solo sirven de instruccion á los fieles, sino tambien á la piedad de sumo consuelo. Uno de estos grandes hombres fué S. Pedro, obispo de Osma, del cual muchas circunstancias de su vida están en disputa. Sin embargo, se sabe lo necesario para comprender el gran cúmulo de gracias que en él depositó la divina misericordia, y para reconocer en él un ejemplar perfecto de la vida cristiana, con el cual debemos conformar nuestras acciones, que es el fin de esta espiritual leyenda.

En la provincia de Berri, y en el lugar de Bourges nació S. Pedro por los años de 1040, poco mas ó menos. Sus padres Guillermo y Meimira, segun se cree, eran igualmente nobles por la ilustre ascendencia de su linaje, que por la piedad y santidad de sus costumbres. Estas dos cualidades se ayudaban mutuamente en la crianza de Pedro y en la formacion de su corazon. Infundian en éste ideas de generosidad, pero sin altanería, haciéndole



S. PEDRO
OBISPO DE OSMA.